

NON EGO NUNC TRISTIS UEREOR, MEA CYNTHIA, MANIS.  
NOTAS SOBRE PROPERCIO I, 19

ANA PÉREZ VEGA  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
apvega@cica.es

Non ego nunc tristis uereor, mea Cynthia, Manis,  
nec moror extremo debita fata rogo;  
sed ne forte tuo careat mihi funus amore,  
hic timor est ipsis durior exsequiis.  
Non adeo leuiter nostris puer haesit ocellis, 5  
ut meus oblito puluis amore uacet.  
Illic Phylacides iucundae coniugis heros  
non potuit caecis immemor esse locis,  
sed cupidus falsis attingere gaudia palmis  
Thessalus antiquam uenerat umbra domum. 10  
Illic, quidquid ero, semper tua dicar imago:  
traicit et fati litora magnus amor.  
Illic formosae ueniant chorus heroinae,  
quas dedit Argiuis Dardana praeda uiris;  
quarum nulla tua fuerit mihi, Cynthia, forma 15  
gratior, et (Tellus hoc, ita iusta, sinat)  
quamuis te longae remorentur fata senectae,  
cara tamen lacrimis ossa futura meis;  
quae tu uiua mea possis sentire fauilla!  
Tum mihi non ullo mors sit amara loco. 20  
Quam uereor, ne te contempto, Cynthia, busto  
abstrahat a nostro puluere iniquus Amor,  
cogat et inuitam lacrimas siccare cadentis!  
Flectitur assiduis certa puella minis.  
Quare, dum licet, inter nos laetemur amantes: 25  
non satis est ullo tempore longus amor

No temo yo ahora, Cintia mía, los tristes Manes,  
 ni me importa el destino debido a la postrera hoguera,  
 pero que acaso mi funeral esté privado de tu amor,  
 ese miedo es peor que la exequia misma.

No tan superficialmente entró Cupido en mis ojos 5  
 como para que mis cenizas estén libres de tu amor olvidado.  
 Allí, en los lugares sombríos, el héroe descendiente de Filaco  
 no pudo soportar el recuerdo de su amada esposa,  
 sino que, deseoso de tocar a su amor con ilusorias manos,  
 el tesalio había ido cual sombra a su antiguo hogar. 10

Allí, sea lo que fuere, siempre seré tu espectro:  
 un gran amor atraviesa incluso las riberas del destino.  
 Allí lleguen a coro las hermosas heroínas,  
 las que el botín de Troya entregó a los héroes griegos:  
 ninguna de ellas me será, Cintia, más agradable que 15  
 tu figura y (la justa Tierra así lo permita)  
 aunque los hados te reserven una larga vejez,  
 queridos sin embargo serán tus huesos a mis lágrimas.  
 ¡Que esto mismo puedas tú sentir viva sobre mis cenizas!  
 Entonces la muerte, donde quiera llegue, no me sería amarga. 20

¡Cuánto temo, Cintia, que, despreciada mi tumba,  
 Amor cruel te separe de mis cenizas  
 y te obligue a la fuerza a enjugar lágrimas que te brotan!  
 También la joven fiel se doblaga con continuas amenazas.  
 Por lo cual, mientras podamos, gocemos juntos de nuestro amor: 25  
 el amor, dure lo que dure, nunca es demasiado largo.

La elegía I, 19 de Propercio –para la que sigo el texto de Tovar-Belfiore (1984) y la traducción de Ramírez de Verger (1989)– es una invitación a gozar del amor presente que versa, paradójicamente, sobre la pervivencia del amor más allá de la muerte. La trascendencia del alma es un tema mayor de la filosofía y de la religión que, en general, proporciona un consuelo optimista al hombre, y más aún al enamorado. Pero tiene aquí, como cabe esperar en el contexto de un *carpe diem*, un tono de tristeza y de pesimismo. Esta extraña mezcla de existencialismo materialista y de fe en la inmortalidad se debe a que el complejo asunto del amor eterno no es el objetivo central del poema. Creo que Propercio revela aquí unos sentimientos que exceden de la mera profesión de su amor romántico por Cintia. Me parece que su objetivo es enfocar la atención sobre la propia Cintia: la pasión del poeta está muy clara, pero ¿cuáles son los sentimientos de ella? Algo semejante a este inesperado alcance del poema ocurre en el poema III 8 (*Dulcis ad besternas fuerat mihi rixa lucernas*), donde empieza planteándose el tema de las “dulces peleas” de los

enamorados, cuando al final todo el asunto va a parar en la especie de justificación, muy cogida por los pelos, de unos cuernos que ha puesto su amada al poeta.

En este poema I, 19 hay dos aspectos que merecen atención. Uno es una imagen puntual, breve, sólo sugerida, que contienen los versos 5-6:

Non adeo leuiter nostris puer haesit ocellis,  
ut meus oblito puluis amore uacet.

No tan superficialmente entró Cupido en mis ojos  
como para que mis cenizas estén libres de tu amor olvidado.

¿De qué no estarán libres sus cenizas cuando el poeta muera? Del amor, ciertamente. Pero entre sus cenizas parece reposar muy en concreto, oculta, pero fuertemente presentida, la *cúspide de oro* de la flecha del Amor. El *puer* (Cupido) clavó algo en Propercio (*haesit*), y lo que le clavó y no se dice nuestra mente lo suple casi necesariamente con su *telum*, su *sagitta*<sup>1</sup>. Dice el poeta que el dios no le asestó<sup>2</sup> tan ligeramente (*leuiter*), no tan superficialmente –notemos bien dónde– en sus ojos (*ocellis*<sup>3</sup>), como para que el polvo de sus cenizas (*meus puluis*, ¿las cenizas de su corazón?), esté nunca olvidado, vacío (*oblito*, *uacet*) de ese amor, como ocurría con el soldadito de plomo. La materia de esa cúspide que se puede presentir es, para mí indudablemente, del oro que simboliza lo divino<sup>4</sup>. El oro

<sup>1</sup> Para este sentido concreto de *haereo*, como *terminus technicus* que alude a una flecha que se clava, cf. *OLD*, s. u. *Dare*, *figere* y *haerere* son los términos más precisos y más frecuentes.

<sup>2</sup> El otro posible sentido que encuentro a este uso intransitivo de *haesit* es que el propio *Puer*, esto es, Cupido, fuera el que “quedó prendido”, pero me parece más forzado.

<sup>3</sup> Cruda imagen que alude a la forma en que Propercio se enamoró, a su “enamoramiento a primera vista”. A su vez *nostris ocellis* podría aludir, no sólo a los ojos de Propercio, sino a sus ojos y a los de Cintia. Así, este certero plural remitiría a la elegía I 1 (*Cynthia prima suis miserum me cepit ocellis*), donde Propercio se enamora no sólo de los ojos de Cintia, ni sólo por haberla visto a ella, sino que ella le hace su siervo a primera mirada suya a él (*me cepit*).

<sup>4</sup> Cf. *Ov. Met.* I 468 ss.: *Eque sagittifera prompsit duo tela pharetra / diversorum operum: fugat hoc, facit illud amorem; / quod facit, auratum est et cuspide fulget acuta, / quod fugat, obtusum est et habet sub harundine plumbum*. Son los temas de la flecha (n. 2) que Amor asesta certero (*eutoxía*) en el que fue corazón libre (libre del *seruitium amoris*) y vacío (del *uulnus amoris*) del poeta, ahora enamorado. A ese *uacuum cor* elegíaco alude *uacet*, 5. El oro es un metal noble, indeleble, y por ello suele simbolizar la eternidad y belleza de lo divino, de ahí que sean de oro las armas de los dioses, el color de su pelo, y, en resumen, gran parte de su simbología.

del amor no se funde: tras la pira de Propercio será eterno. Pero al final de la lectura y relectura del poema, uno se pregunta si tal cosa es para la suerte o para la desgracia de este enamorado.

El otro aspecto que considero destacable es más general, pues se refiere justamente al objetivo de todo el poema. ¿Por qué medita Propercio sobre su amor más allá de la muerte, mezclando este pensamiento optimista con la perentoria invitación a gozar del hoy, cuando son dos temas tan opuestos? ¿Por qué todo el poema transmite un tono de reproche y de amargura?

Como sabía cualquier persona instruida de esa época, tanto el amor humano como el divino o el místico, emparentados entre sí, poseen la cualidad, o la capacidad, de la sublimación: amar nos puede hacer percibir que la persona amada tiene algo de divino; el buen amor nos hace aspirar a la belleza espiritual y al bien platónicos; así pues, amar perfecciona el alma. De una forma algo irreverente, pero veraz, esta misma emoción es la que se encierra el tema elegíaco de la *puella diuina*. Esto está, por ejemplo, en la base de los poemas 31 de Safo y 51 de Catulo, poemas de amor y celos, cuando la amada, divinizada, *diviniza* a su vez al hombre al que sonríe con dulzura, que es como decir con amor, técnicamente hablando. Por esto mismo en *Une saison en enfer* siente Rimbaud que la persona amada es nuestro "Ángel"<sup>5</sup>, un ángel satánico en su caso. Ya Diotima, Sócrates y Platón consideraron sabiamente a Eros un *daimon* cuya doble naturaleza, entre lo divino y lo mortal, le convierte en un mediador del mundo humano con el sublime, y viceversa. El amor (en concreto el buen amor) se ha reconocido siempre, pues, como una locura egregia, como una vía de conocimiento. Cuando alguien se plantea a la vez la pregunta sobre el amor y sobre la muerte, como ocurre aquí, podemos ver cómo el amor tiene la capacidad de transmitir a algunos enamorados la fuerte sospecha –si no la garantía– de que el alma o algún sentido suyo permanece tras la muerte. De esto mismo habla Catulo en su poema 5, también un *carpe diem*, y no por azar:

soles occidere et redire possunt:  
nobis cum semel occidit brevis lux,  
nox est perpetua una dormienda.

Los soles morir y volver pueden:  
a nosotros, cuando una vez se nos muere nuestra breve luz,  
noche hay perpetua, una, para dormirla.

<sup>5</sup> "On voit son Ange, jamais l'Ange d'un autre".

Tal vez no sea mucho consuelo en este caso el hecho de que la eternidad para el alma enamorada consista sólo en dormir, de ahí el fondo de pesimismo que encierra la aparentemente optimista exhortación inicial *uiuamus atque amemus* (Cat. C. 5,1). En general, cualquier invitación a gozar del fugitivo presente tiene un fondo de angustia, contrariamente a la apariencia, porque, ¿qué prisa tendría en vivir o morir aquél que confía en una vida trascendente? Duda también Ovidio: *si superest aliquis post funera sensus*<sup>6</sup>. No duda Quevedo en su *Amor constante más allá de la muerte*:

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,  
venas que humor a tanto fuego han dado,  
medulas que han gloriosamente ardido:

su cuerpo dejarán, no su cuidado;  
serán ceniza, mas tendrá sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado<sup>7</sup>.

Partiendo de estos principios, que él comparte en este poema, Propertio sólo debería alegrarse de su creencia en la inmortalidad de su amor en el más allá. Pero como digo no es esa la sensación que deja su lectura. En el fondo, Propertio parece plantear algo así como una horrible duda a Cintia: “Mi amor sí que es el eterno, pero tú, en cambio, ¿cómo me amas tú?”.

La primera clave del poema es precisamente el *nunc*, “No temo ahora a los tristes Manes”. Con ello hace un elegante anillo el dístico final, y ambas ideas constituyen propiamente el *carpe diem* del que he hablado: “Por eso, mientras se puede, entre nosotros alegrémonos, los amantes: no lo bastante largo, en ningún tiempo, es el amor”. La imagen que se deriva de estas palabras es la de un Propertio que, mientras tiene a Cintia entre sus brazos, por decirlo así, no tiene miedo de la muerte. Su temor no es a los tristes Manes y a la inevitable y adeudada hoguera, débil contra el amor presente (1-2) y contra el amor trascendente (10): su miedo es al mero adverbio *forte* (3): a la posible y no remota idea de que sus exequias, su cadáver

<sup>6</sup> Pont. I 2,111

<sup>7</sup> Quevedo, Soneto 78 (*Cerrar podrá mis ojos la postrera sombra que me llevare el blanco día*), que creo con Borges que se inspira parcialmente en este poema I 19 de Propertio. *Sentido* en Quevedo tiene el valor de “sentido del alma”, en la misma acepción de la palabra latina *sensus* con que la usa Ovidio en el pensamiento que acabo de citar.

(*funus*, 3) carezcan ya, tan pronto, del amor de Cintia, como de él no cabe esperar, incluso por toda la eternidad (11-12):

Illic, quidquid ero, semper tua dicar imago:  
traicit et fati litora magnus amor

Allí, sea lo que fuere, siempre seré tu espectro:  
un gran amor atraviesa incluso las riberas del destino.

Eso hace tan amonestador el *exemplum* de Laodamía y Protesilao, pues este héroe visitó desde el más allá a su esposa viva, quien no dudó a su vez en suicidarse entre sus brazos por seguirle amando. Ignoro si Propercio (identificado con Protesilao) plantea este modelo a Cintia (que es ahora la Laodamía) con alguna esperanza puesta en que ella cumpliera su papel, o si más bien quiere hacer visible su sospecha de la falta de este entusiasmo en ella (21-24):

Quam uereor, ne te contempto, Cynthia, busto  
abstrahat a nostro puluere iniquus Amor,  
cogat et inuitam lacrimas siccare cadentis!  
Flectitur assiduis certa puella minis.

¡Cuánto temo, Cintia, que, despreciada mi tumba,  
Amor cruel te separe de mis cenizas  
y te obligue a la fuerza a enjugar las lágrimas que te brotan!  
También la joven fiel se doblega con continuas amenazas.

La creencia en la inmortalidad del alma, y particularmente del alma enamorada, es lo que motiva angustia del espectro enamorado que es Propercio<sup>8</sup>, quien después de seguir recordándola (8), seguir deseándola incluso muerto (9), seguir prefiriéndola aun a las sombras de las bellas heroínas (13), después de amarla en el hoy, joven y hermosa (15-16), o de esperarla, envejecida<sup>9</sup> (17), después de poder llorar los amados huesos de ella (18), más que exclamar pregunta, o casi se diría que niega (19):

quae tu uiua mea possis sentire fauilla!

Lo cual tú, viva, ojalá pudieras sentir por mis cenizas.

<sup>8</sup> Así se ha definido él mismo expresamente, no sólo por comparación con Protesilao: *Illic, quidquid ero, semper tua dicar imago: traicit et fati litora magnus amor.*

<sup>9</sup> Esta idea me resulta grosera, y la siguiente (la especie de "*pulvis es*") ominosa, como quizá Propercio pretendía.

La certeza (!) en la vida eterna es por demás, es argumento, es de pasada, y es tan absoluta como parece serlo la cruel duda en el amor de Cintia. Esto hace que cobre toda su dimensión el lapidario cierre del poema: nunca es lo bastante largo el amor. Quizá porque en la tierra se acaba, y porque en el más allá puede durar eternamente la tortura de un amor no correspondido.

He dicho que percibo aquí tristeza y amargura y tono de reproche en Propertio. Pero algunas veces me pregunto si la de Propertio no es una posición más cercana a la del Horacio más burlón. Algunas veces pienso que este bello poema comparte esa ambigüedad que hace tan discutido el célebre poema 8 de Catulo, donde el ritmo métrico y los propios reproches nos hacen pensar que el tono es de invectiva, mientras que la emoción de la renuncia de amor en cambio parece tan transida de tristeza como el propio tono de Rimbaud en su mencionada *Saison en enfer*.

Sí opino que Cleómbroto de Ambracia, que se arrojó al mar después de leer el *Fedón* de Platón (sobre la inmortalidad del alma), quizá recordando a Ixión, a Sísifo, a Tántalo, no habría hecho tal cosa después de haber leído este poema. Al menos no tan lleno de sospechas.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Borges, J.L. (1982) «Prólogo», en *Francisco de Quevedo. Antología poética*, Madrid: Alianza (=1998).
- Butler, H.E. y Barber, E.A. (1933) *The Elegies of Propertius*, Oxford: Clarendon Press.
- Fedeli, P. (1980) *Propertio. Il primo libro delle Elegie*, Florencia: Olschki.
- Foulon, A. (1996) «La mort et l'au-delà chez Properce», *REL* 74, 155-167.
- Flaschenriem, B. (1997) «Loss, Desire and Writing in Propertius 1.19 and 2.15», *CLAnt* 16.2, 259-277.
- Hubbard, M. (1974) *Propertius*, Londres-Nueva York: C. Scribner's Sons.
- Lyne, R. O. A. M. (1998) «Love and death: Laodamia and Protesilaus en Catullus, Propertius and others», *CQ* 48.1, 200-212.
- Lefèvre, E. (1966) *Propertius ludibundus: Elemente des Humors in seinen Elegien*, Heidelberg: Bibliothek der klassischen Altertumswissenschaften n.f.z.

- Ramírez de Verger, A. (1989) *Propercio. Elegías*, Madrid: Gredos (BCG).
- Tovar, A. y Belfiore Mártire, M.T. (1984) *Propercio. Elegías*, Madrid: CSIC (Alma Mater).